



PRIMERA PARTE

109 antes de la Cofradía

Año 93 de la Yihad







La máquina no destruye. Crea, siempre y cuando la mano que la controla sea lo bastante fuerte para dominarla.

RIVEGO, muralista de la Vieja Tierra

A Erasmo le parecía fascinante y hasta le divertía ver que entre aquellos humanos moribundos y desesperados reinaba la ley del más fuerte. Sus reacciones formaban parte del experimento y en su opinión los resultados eran destacables.

El robot caminaba con paso decidido por los pasillos de sus laboratorios de Corrin, meticulosamente organizados, haciendo ondear su espléndida túnica carmesí. Aquella prenda en sí era un amaramiento que había adoptado para darse un aire más señorial. Era una pena que las víctimas que tenía en las cámaras selladas no se fijaran en esos detalles; estaban demasiado ocupadas sufriendo. Y él no podía hacer nada para cambiarlo. Sencillamente, a los humanos les costaba concentrarse en nada que no les afectara directamente.

Hacía décadas, escuadrones eficientes de robots habían construido aquellas instalaciones con elevadas cúpulas siguiendo sus meticulosas especificaciones. Las numerosas cámaras —cada una completamente aislada y estéril— contenían todo lo que Erasmo necesitaba para sus experimentos.

Mientras realizaba su ronda habitual, el robot independiente pasó



ante las ventanas de glaz de las cámaras donde tenía a los sujetos en los que estaba estudiando la epidemia atados a sus camas. Algunos especímenes ya estaban paranoicos y deliraban: habían empezado a mostrar los síntomas del retrovirus; otros parecían aterrados, y no sin razón.

Las pruebas de aquella epidemia de laboratorio ya casi estaban terminadas. La tasa de mortalidad directa era del cuarenta y tres por ciento. La cifra no era exacta, pero seguía convirtiéndolo en el virus más mortífero de la historia de la humanidad desde que se tenían registros. Serviría a su propósito, y Omnius no podía esperar mucho más. Había que hacer algo pronto.

Durante casi un siglo, la cruzada de los humanos contra las máquinas pensantes había causado gran destrucción y confusión. Los continuos ataques del ejército de la Yihad habían provocado daños incalculables en el Imperio Sincronizado y las flotas de naves robot eran destruidas con la misma rapidez con que las diferentes encarnaciones de la supermente las reconstruían. El avance de Omnius había quedado inexcusablemente frenado. Finalmente, Omnius exigió una solución. Dado que se había demostrado que el enfrentamiento militar directo no era lo bastante eficaz, se exploraron otras alternativas. Epidemias biológicas, por ejemplo.

De acuerdo con las simulaciones, una epidemia que se extendiera con rapidez podía ser mucho más eficaz, y ayudaría a erradicar poblaciones enteras de humanos —incluyendo las fuerzas armadas— al tiempo que dejaba las infraestructuras y los recursos intactos para las máquinas victoriosas. Cuando aquella epidemia especialmente diseñada hubiera cerrado su ciclo, Omnius podría recoger los pedazos y volver a poner en marcha los sistemas.

Erasmus tenía sus reservas sobre esta táctica; temía que una epidemia demasiado virulenta exterminara definitivamente a los humanos. A Omnius tal vez le satisfaría la extinción total, pero él no deseaba una solución tan drástica. Aquellas criaturas seguían interesándole... en especial Gilbertus Albans, a quien había educado como a un hijo después de sacarlo de las míseras cuadras de los esclavos. En términos puramente científicos, necesitaba conservar material orgánico suficiente para sus estudios de laboratorio y de campo sobre la naturaleza humana.



Podían matar a la mayoría, pero no a todos.

Pero aquellas criaturas demostraban una notable resistencia. Seguramente ni la peor epidemia podría exterminarlos del todo. Los humanos tenían una inquietante habilidad para adaptarse a la adversidad y superarla por los medios menos ortodoxos. Ojalá las máquinas pudieran aprender a hacer lo mismo...

Ciñéndose su exquisita túnica, el robot de platino entró en la cámara central del complejo, donde su cautivo, el tlulaxa renegado, había creado un retrovirus perfecto. Las máquinas pensantes eran eficaces y trabajaban con dedicación, pero hacía falta la imaginación de un humano corrupto para canalizar la ira de Omnius y convertirla en un acto de destrucción. Ningún robot o computadora podría haber concebido una forma de muerte y aniquilación tan terrible. Sí, solo la mente de un humano vengativo podía hacer algo así.

Rekur Van, bioingeniero y genetista al que ahora repudiaban en la Liga de Nobles, se retorció sujeto a su enlace de soporte vital. Solo podía mover la cabeza, porque no tenía ni brazos ni piernas, y un conector unía su organismo a los tubos de nutrientes y desechos. Poco después de capturarlo, Erasmo se encargó de que se le extirparan las extremidades para que fuera más manejable. Desde luego, no era de fiar, muy al contrario que Gilbertus Albans.

El robot formó una sonrisa alegre en su rostro de metal líquido.

—Buenos días, Muñón. Hoy tenemos mucho que hacer. Quizá hasta podríamos finalizar los tests primarios.

La cara del tlulaxa parecía más chupada que de costumbre y sus ojos oscuros y muy juntos miraban a un lado y a otro como los de un animal atrapado.

—Ya era hora de que vinieras. Llevo horas despierto, mirando.

—Entonces has tenido tiempo para desarrollar ideas nuevas y destacables. Estoy deseando escucharlas.

El cautivo gruñó y le dedicó un insulto soez. Y dijo:

—¿Cómo van los experimentos sobre regeneración de extremidades con reptiles? ¿Algún avance?

El robot se inclinó hacia él y levantó la cubierta biológica para examinar la piel cicatrizada de uno de los hombros de Rekur Van.

—¿Nada? —preguntó el tlulaxa nervioso. Inclinó la cabeza en



un extraño ángulo, tratando de ver algún detalle del muñón de su brazo.

—En este lado no. —Erasmus comprobó la cubierta biológica del otro hombro—. Aquí puede que tengamos algo. Se aprecia un afloramiento en la piel. —En un intento por regenerar los miembros amputados, en cada muñón había inyectado diferentes catalizadores celulares.

—Extrapolas los datos, robot. ¿Cuánto falta para que me vuelvan a crecer los brazos y las piernas?

—Es difícil decirlo. Podrían ser semanas, seguramente más. —El robot frotó con un dedo metálico la pequeña protuberancia del muñón—. En cambio, esta excrecencia podría ser algo totalmente distinto. Presenta una coloración rojiza; tal vez solo sea una infección.

—No siento dolor.

—¿Quieres que te rasque?

—No. Esperaré hasta que pueda rascarme yo mismo.

—No seas desagradable. Se supone que esto es un empeño conjunto. —Aunque los resultados prometían, aquello no era una prioridad para el robot. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Erasmus hizo un pequeño ajuste en una conexión intravenosa y alivió el descontento que veía en el rostro de aquel hombre. Sin duda, Rekur Van estaba pasando por uno de sus cambios de humor periódicos. Lo vigilaría y administraría medicación necesaria para que siguiera funcionando de forma eficiente. Y quizá lograría evitar que tuviera otro de sus arrebatos. Había días que cualquier cosa le hacía saltar. Otras veces, Erasmus le provocaba a propósito solo para ver su reacción.

Controlar a los humanos era una ciencia y un arte, incluso a ejemplares tan repulsivos como aquel. Para él, aquel cautivo degradado era un objeto de estudio más, como cualquiera de los humanos que tenía en las cuadras y las cámaras salpicadas de sangre. Incluso cuando llegaba al límite y trataba de desconectar sus sistemas de soporte con los dientes, Erasmus siempre lograba que volviera a su trabajo con las epidemias. Por suerte, aquel hombre despreciaba a los humanos de la Liga más que él a sus amos mecánicos.

Décadas atrás, durante una gran sacudida política que se produjo



en la Liga de Nobles, el sucio secreto de las granjas de órganos de Tlulax salió a la luz y provocó el rechazo y la repulsa de la humanidad libre. En los mundos de la Liga la opinión pública arremetió contra los expertos en ingeniería genética y las masas ultrajadas destruyeron las granjas de órganos y obligaron a la mayoría de los tlulaxa a esconderse. El escándalo causó un daño irreparable a su reputación.

Rekur Van huyó al Espacio Sincronizado, llevando consigo algo que consideraba un regalo irresistible: el material celular para crear una réplica perfecta de Serena Butler. Erasmo, que recordaba sus interesantes debates con la cautiva, se sintió entusiasmado. Van estaba seguro de que Erasmo la querría, pero por desgracia los clones que creó no tenían los recuerdos de Serena, ni su apasionamiento. No eran más que copias vacías.

Y aun así, a pesar del fracaso de los clones, a Erasmo Rekur Van también le parecía interesante. Disfrutaba de su compañía. Por fin había alguien que hablaba en el mismo lenguaje científico, un investigador que podía ayudarlo a comprender más cosas sobre las incontables ramificaciones y las diferentes vías de investigación con organismos humanos complejos.

Para Erasmo los primeros años fueron un desafío, incluso después de extirparle los brazos y las piernas. Con el tiempo, mediante una cuidadosa manipulación y un sistema paciente de recompensas y castigos, había convertido a Rekur Van en un provechoso objeto de estudio. El hecho de que no tuviera sus extremidades recordaba bastante a la situación de los esclavos con los que él mismo había experimentado en las falsas granjas de órganos. Una maravillosa ironía.

—¿Te apetece una golosina antes de que empecemos a trabajar?
—propuso Erasmo—. ¿Una galleta de carne, tal vez?

Los ojos de Van se iluminaron, porque aquel era uno de los pocos placeres que le quedaban. Las galletas de carne se preparaban a partir de diferentes organismos creados en el laboratorio, incluidos los «desechos» humanos, y se consideraban una exquisitez en la tierra natal del tlulaxa.

—O me das una o me niego a seguir trabajando.

—Utilizas esa amenaza con demasiada frecuencia, Muñón. Es-



tás conectado a unos tanques con soluciones de nutrientes. Incluso si te niegas a comer, no morirás de hambre.

—Pero tú quieres mi cooperación, no solo mi supervivencia... y me has dejado pocas cosas con las que negociar. —El rostro del tlulaxa se crispó formando una mueca.

—Muy bien. ¡Galletas de carne! —gritó Erasmo—. Cuatrobrazos, ocúpate.

Uno de los frikis humanos que ayudaban en el laboratorio entró sujetando con sus cuatro brazos una bandeja con una montaña de delicias orgánicas azucaradas. El tlulaxa se movió en su conector de soporte para mirar aquella espantosa comida... y los que antes eran sus brazos.

Erasmo conocía más o menos el proceso que los tlulaxa utilizaban para realizar injertos, y había trasplantado los brazos y las piernas del antiguo esclavista a dos de sus ayudantes de laboratorio, agregando carne artificial, nervios y hueso para ajustar las extremidades a la longitud adecuada. A pesar de ser solo una prueba y una experiencia enriquecedora, tuvo un considerable éxito. Cuatrobrazos era especialmente eficiente llevando cosas; algún día, Erasmo esperaba poder enseñarle a hacer malabarismos para que entretuviera a Gilbertus. Por su parte, Cuatropiernas podía correr como un antílope en una llanura.

Cada vez que alguno de los dos aparecía, el tlulaxa recordaba amargamente su situación desesperada.

Y puesto que Rekur Van no tenía manos, Cuatrobrazos utilizó dos de las suyas —las dos que habían pertenecido al cautivo— para meter las galletitas de carne en su boca ávida. Van parecía un pollito hambriento pidiendo gusanos a su mamá pájaro. Unas migas de color amarillo marronoso le cayeron por la barbilla a la bata negra que le cubría el torso; algunas cayeron en el líquido de nutrientes, donde se reciclarían.

Erasmo alzó una mano indicando a Cuatrobrazos que parara.

—Es suficiente. Muñón, más adelante habrá más, pero primero tenemos un trabajo que hacer. Hoy vamos a repasar juntos las estadísticas de mortalidad de los diferentes grupos de experimentación.

Qué interesante, pensó Erasmo, que Vorian Atreides —hijo del traicionero titán Agamenón— hubiera utilizado un método similar



para eliminar a las supermentes: implantar un virus informático en las esferas de actualización que el robot Seurat distribuyó sin saber nada. Pero las máquinas no eran las únicas vulnerables a las epidemias...

Rekur Van puso mala cara unos momentos, luego se relamió y empezó a estudiar los resultados. Parecía disfrutar de las cifras de muertos.

—Qué maravilla —musitó—. Definitivamente, estas epidemias son la mejor forma de eliminar a trillones de personas.

